

Un cuerpo metálico, pesado, grave, un cuerpo, en fin.

¿De dónde caía?.....

Del vacío.....

Fenómeno excepcional, extraordinario, rarísimo.

¡Caso único, verdadera excepcion!

Fenómeno por excelencia.

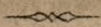
Si la joven hubiera conocido perfectamente el *carácter* de su amante, hubiera temido que al recibir en sus manos la carta se le hubiera dispersado en una pequeña y ténue nube de humo.

Se limitó á murmurar su inexplicable

—«¡Vaya!»

Y despues dijo, abriendo el papel:

—«¡Veremos, por fin, qué es esto!»



CAPÍTULO XII.

MÁXIMO.

LX.

Las amistades de colegio forman un lazo que, por regla general, dura toda la vida.

El *tú* de dos muchachos que se conocen y se unen en el aula bajo la férula de un mismo dómine, es un *tú* de buena fe, primero sentido y despues pronunciado.

No sé qué mutuo abrigo se prestan dos capotillos raidos de *capenses*.

Dos muchachos despilfarrados, llenos de greñas y de polvo, de descuido y de abandono, que con el Nebrija convertido en naipes y la imaginacion hecha un basurero, se van juntos *á cátedra*, puede decirse, en un sentido moral, que van juntos á todas partes.

Sus mutuas groserías son caricias.

Sus empellones y sus tirones de cabellos son las mas elocuentes pruebas de una confianza y de un cariño que las mas veces dura hasta la muerte.

Cuando encontramos por la calle dos de estos muchachos sucios y malcriados, escamoteando minutos á las clases y poniendo medios que son verdaderamente un asombro de ingenio y de viveza, para evadirse hasta donde les es posible de las espinas é inconvenientes que brotan siempre al principio de esa *lenta carrera* que se llama carrera literaria; cuando encontramos estos embriones de garantía social, estos fetos de sabio, cuyos ojos flamean de impaciencia por ver de una sola mirada el mundo y el porvenir, no podemos menos de conmovernos, pensando en que bajo aquellas frentes de quince años, tersas y amplias, pero vacías, por decirlo así, y en *blanco* como las páginas de un álbum, empieza á germinar el talento, á encenderse el santo fuego de la idea y tal vez del genio.

Las naciones deben tapizar de rosas el camino de esos pequeños bohemios que saltan, que se revuelcan y que estudian, porque esos muchachillos son algo para las naciones, demasiado interesantes.

Representan sus esperanzas;

Le hablan de su porvenir.

¡El colegio!.....

Cuidad ese verjel lleno de arbustos.....

Ellos crecerán mañana y serán árboles frutales ricos y frondosos.

Y entonces el jardín será un bosque.

Y serán *ellos* entonces los que os den sombra.

El muchacho de codos rotos será *un señor*: vosotros sereis «lo que ha sido.»

No sereis mas.

El colegial pelon, travieso é insufrible, ese pequeño demonio que se agita sin cesar, que se burla del tiempo en sus barbas, que de todo se rie y que pasa para ir á jugar á la pelota;

Esa cabecita redonda que por nada se calienta, y que em-

pieza á rodar por el mundo, fácil, rauda, atrevida é inteligente, medio farfullando églogas de Virgilio ú odas de Horacio; esa pequeña cabeza, inquieta, casi rapada, que ahora se golpea sin hacerse mal, que ahora la obligais á inclinarse bajo vuestra indignacion y vuestros regaños, mañana, bajo la divina combustion del pensamiento, será una especie de astro;

Un sol irradiando inteligencia, un mundo girando dentro de la atmósfera celestial del saber.

Levantad con energía el látigo para el protervo; pero pensad en *mañana*, y quitaos el sombrero con respeto.

Mañana está encarnado en ese pobre niño que se halla en vuestra presencia y que tiembla y se estremece ante la faz de vuestra severidad.

Con el corazon lleno de temor, las lágrimas en los ojos y oscilando sobre ambas piernas, murraura:

Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva,

y mas tarde, un poco mas tarde, cuando haya trascurrido el espacio indispensablemente necesario para que quepa una transicion, el intervalo absolutamente preciso para que aquella risueña alborada de la infancia se trueque en la ardiente mañana de la juventud, aquellos labios que murmuraron la queja del ostracismo y la melancolía del cantor latino, pedirán á gritos el ostracismo y todos sus horrores:

Se habrá verificado una sublime metamórfosis

Del niño en hombre,

Del escolar en el héroe.

Habrá abandonado sus «clásicos;»

En sus manos brillará entonces una espada;

En su frente el genio.

Aquel adolescente, trémulo ante las palabras y la austeri-

dad de un pedagogo, será mas tarde el hombre de corazon, el hombre de la energía y del valor civil.....

¡Respetemos á la juventud que aprende hoy, pues que mañana ella nos enseñará el camino!

Ella será en el porvenir lo que *hoy* nosotros ya debíamos ser.....

Abrimos á la juventud las puertas del porvenir, gritándole: ¡adelante! ¡adelante!.....

Y nosotros nos quedamos en el dintel, mirando *cómo pasa*, y no la conducimos de la mano.

¡Juventud, juventud!.....

Hoy que solo vives para recordarnos los placeres del pasado, vas á tapizarnos de rosas el sendero del porvenir!

Tú no perteneces al presente! el presente solo es el pedestal de tu gloria!.....

Mañana, te hará justicia.

Hoy, te condena.

El niño colegial á quien se dice *¡adelante!*, cree ese *¡adelante!* con sinceridad y buena fe.

Es el sublime *recluta* de las huestes de la civilizacion.

Si le mandais que *avance*, no dará un solo paso á retaguardia!

No ve el falso brillo de las reformas sociales y políticas, ni seria capaz de hacer apreciaciones sobre reformas susceptibles de descuento, como una letra.

Le mandais que vea al sol, y su mirada de águila se pasea serena sobre la superficie incandescente del astro—rey del dia.

El pasado hubiera estornudado en presencia de la luz:

El presente la toma en sus manos, y como Diógenes, recorre con ella el mundo, procurando encontrar *al hombre*.....

LXI.

Máximo era un colegialito pobre, de capa raida, aspirante y melancólico.

Procedía de la *clase média*, como tantos muchachos casi indigentes, cuyas familias los arrancan de un hogar frio y miserable, para mandarlos al colegio.

Cuando una familia de la clase pobre, que, entre paréntesis, es en México lo que se llama «clase média,» observa un poco de viveza y aptitud en alguno de sus miembros, esto es, de sus niños, al momento le consagra «á los estudios» para que llegue á tener «una carrera.»

Cuando el *muchacho* SE RECIBA, la familia tendrá algun descanso.

Nada mas justo.

El niño va creciendo y formándose, entre privaciones y conocimientos, entre latines y *hambres*.

Pero en fin, llega el *chico* á formarse.

Y entonces ya se dió cima á todo.

Máximo, vástago inteligente y predestinado de un *hombre de negocios*, lo fué mas tarde para ser «el negocio de un hombre.»

O lo que es lo mismo, el futuro *sostén* de toda la familia procreada por su padre.

Se le recomendó que fuese *muy aplicado*, que estudiase mucho para aprovechar, y á principios del mes de Enero de no sabemos qué año, nuestro futuro sabio, con el Nebrija y el Diccionario debajo del brazo, y el corazon comprimido, esperaba en uno de los corredores del colegio de *** el consagrado toque de campana para entrar á *cátedra*.

El dómine inició el curso de latinidad no concurriendo, y

los alumnos tuvieron oportunidad de iniciar su período de diabluras.

Nuestro Máximo tenía abierto su *Arte de Nebrija* en el principio de las declinaciones de los nombres.

Jamás había pasado aquel niño los ojos por una cosa mas insípida.

No podía comprender cómo puede ser que *Musa musæ, Dominus Domini, &c.*, le condujeran algun día á alcanzar el porvenir, la posicion social y el descanso y tranquilidad de su familia.

Se conformó, no obstante, con empezar su camino hácia el porvenir al través del misterio.

Empezó, en tal virtud, á pasear por los corredores, repitiendo sin cesar su *Musa musæ*, á fin de incrustarse lo mas pronto que le fuese posible aquellas declinaciones de los nombres.

Empezaba Máximo á recorrer el camino de la ciencia, en medio de las mas severas escabrosidades latinas.

Inauguraba el *initium sapientie* subiendo muy «cuesta arriba» por la difícil y sublime lengua de Ciceron y de Tácito.

En el mismo corredor, aunque en sentido opuesto, se hallaba otro jovencito meditabundo, pálido y entristecido.

Eran los dos únicos que no entraban en la batahola infernal de los demás muchachos.

Esto ya era un motivo para que ambos simpatizasen entre sí, y así sucedió.

Aquel otro niño era Antonio.

Máximo, á las pocas vueltas, se le acercó, preguntándole:

—Y ¿á qué hora nos vamos?

—Yo no me voy, contestó Antonio.

—¿Es vd. colegial, señor?

—Sí señor, soy colegial.

—Pues yo no. Y ¿para qué va vd. á estudiar?

—Yo..... quieren que para abogado.

—Yo para médico.

—Bueno.

Esta fué, poco mas ó menos, la primera conversacion de aquellos dos muchachos, que tanto debian de hablarse en el resto de su vida.

En aquellamañana, y mediante unas interrogaciones mutuas, formaron el lazo de una amistad sincera, bella y desinteresada como todas las afecciones que se contraen, ya sea en la infancia, ya en la primera juventud.

Se unieron desde entonces para hacer frente unidos, al fastidio del colegio, á todas las privaciones, dificultades y sufrimientos que erizan la vida de los jóvenes estudiantes.

Unidos supieron hacerse superiores á todos los inconvenientes de sus enojosas y prolongadas faenas.

Máximo reveló desde luego un carácter retraido y sério, pero no inabordable.

D. Antonio de Nebrija empezó á ser desde luego para él un objeto de terribles dificultades.

Porque Máximo no las tenia para estudiar, pero sí para aprender.

Su consagracion desde el principio fué absoluta; pero los resultados no correspondieron á aquella.

Empezó á ser desgraciado, porque era aspirante, y se sentia en el colegio fuera del terreno de sus aspiraciones.

Las aspiraciones de nuestro jóven eran de un resultado mas inmediato y positivo que los que dan los exámenes profesionales despues de una larga série de años.

Máximo se exasperó bien pronto.

Encontró absurdo y singular que le hubieran puesto allí para buscar fortuna y auxiliar á su familia.

«No puede ser,» decia:

Y contaba mohino:

Dos años latin:

Tres filosofía:

Siete medicina.....

¡Doce años!

Dentro de doce años ninguno de mi casa vive.

¡Todos son viejos!

Y estudiaba, y se afanaba «por cumplir;» pero con repugnancia y sin esperanza.

Era un soñador; pero sus ensueños eran de oro.

No pensaba mas que en tener dinero, porque teniendo dinero ya se tiene todo, y todo puede hacerse.

—Lo demás—decía—es una tontería.

Se fastidiaba en el colegio y entre sus latines, de una manera exactamente igual á como puede fastidiarse un inglés con su niebla, su Támesis y su San Pablo.

«Yo no nací para esto,» solía exclamar, golpeando con el revés de la mano *sus autores selectos de la mas pura latinidad*: esto *no deja nada*.

Como se ve, Máximo hubiera preferido con todo su corazon, lo que dejara *algo*.

Su retraimiento y anticipada circunspeccion eran un eficaz indicio de cierta precocidad, perfectamente incompatible con los pasos de pigmeo que seguia en el colegio.

Y un muchacho en quien los deseos se adelantan á la situacion en que deba satisfacerlos *ordenadamente*, es un mártir.

Puede muy fácilmente llegar á ser un bandido.

Pedir á la juventud impotente, apasionada é irreflexiva, la frialdad del viejo, ó por lo menos la solidez y energía del hombre, es hasta cierto punto, y en determinadas circunstancias, un absurdo.

Máximo, á pesar de su circunspeccion, demasiado precoz

por cierto, y de sus pasiones, que tambien lo eran, estaba muy distante de sentirse un espartano, y *protestaba*.

Si le hubiera sido posible adquirir en un período de dos ó tres años toda la ciencia necesaria para llegar á ser médico, nuestro jóven hubiera sacrificado con placer aquellos dos ó tres años para salir á *adquirir* desde luego

¡El dinero!

¡Talisman precioso que en tan pequeño volúmen encierra tantos tesoros de placer, tan gratos sueños de ilusion!

Máximo suspiraba por él con las fuerzas de su corazon de quince años.

Comprendia todo valor, porque carecia de todo dinero.

No podia soportar ni la idea de no tenerlo.

Era un niño calculador *frio*, que veia las cosas como son y se exasperaba de no alcanzarlas del modo que las deseaba.

Entre su Nebrija y las *visitas* de á un duro cada una, hablaba una serie infinita de proposiciones intermedias:

Se ofuscaba en presencia de una induccion prolongada, difícil, terrible.

Una lontananza que lo espantaba.

Pensando en el fin se perdia en el camino.....

¡Oh, doce años!

Tenia quince, y empezaria á buscar dinero, propiamente, hasta los veintisiete.

Esto es, tendria que pasar la época de rosas, el período de las mas bellas ilusiones de la vida, desecando su juventud, marchitándose, fatigando todas sus facultades, encorvado sobre los libros, agobiado por mil dificultades, muerto de deseos, ó impotentes ó estériles!

La juventud que estudia, tiene que cultivar solo las flores serias de la ciencia.

Al jóven le es preciso soplar sobre el ténue y endeble teji-